

# ¿Sociedad del Conocimiento o

Galería de Papel. Pescadores de espalda. Iván Petrovsky 1970



# Sociedad de la Información?

*El paradigma de la Sociedad del Conocimiento es aún un objetivo difícil de alcanzar por las naciones más pobres del mundo, por las grandes diferencias económicas, sociales, políticas y culturales que las separan de las naciones más desarrolladas. Aunado a ello, está la dificultad de acceso a la información por parte de los países menos desarrollados, que si bien gracias a Internet pueden acercarse un poco más a otras fuentes informativas, ese ingreso se ve limitado no solo por la “brecha digital”, sino porque las grandes mayorías no poseen recursos económicos para acceder a las nuevas tecnologías*

## ■ Marianela Lafuente y Carlos Genatios

### LA TERCERA REVOLUCIÓN INDUSTRIAL

El término “Sociedad del Conocimiento” fue introducido por Drucker en 1969<sup>1</sup>. Durante los años 70 fue emergiendo junto con los estudios sobre la “Sociedad de la Información” y el avance de las nuevas tecnologías cibernéticas, para consolidarse a finales del siglo XX como un supuesto nuevo paradigma, que revoluciona las relaciones sociales y económicas, acompañando los esquemas de la *globalización*.

Para algunos se trata de una esperanza: insertarse en estos nuevos esquemas representa una posibilidad de minimizar las brechas entre ricos y pobres, de alcanzar el desarrollo y estructurar escenarios globales más justos para todos. En este sentido, no se trata realmente de un cambio de paradigma, sino del proyecto heredado de la Modernidad: la idea de progreso que nació con el Siglo de las Luces, centrada en los derechos humanos, la igualdad y la participación, y con el co-

nocimiento, el desarrollo científico y tecnológico, al servicio de estos ideales.

Los avances en las tecnologías de información y comunicación estarían en la base de la anunciada “Tercera Revolución Industrial”, que supuestamente traería consigo un cambio radical en los patrones y sistemas del conocimiento, en los modos de producción, esquemas económicos, relaciones sociales y culturales.

Sin embargo, estos esfuerzos por proclamar cambios y revoluciones están guiados por un fuerte determinismo tecnológico y una definición de la globalización que se limita casi exclusivamente a sostener esquemas económicos de dominación instaurados ya desde la modernidad, con la primera revolución industrial y la evolución del capitalismo.

### EL CONOCIMIENTO EN LA HISTORIA

De alguna manera, en la historia de la humanidad, todas las sociedades fueron so-

ciudades del conocimiento. En épocas antiguas el conocimiento era monopolizado por brujos, sacerdotes o sabios y transmitido a los discípulos, en grupos selectos y cerrados de “iniciados”. En la Edad Media se resguardaba en los monasterios como un tesoro celosamente protegido de la barbarie y el oscurantismo. Siempre fue asunto de círculos restringidos, de elites, de sectas. Y hasta hoy todavía, el control del conocimiento se acompaña de desigualdades, de exclusión, del poder, de la dominación.

Es apenas con el Renacimiento, con la imprenta, el advenimiento de la Modernidad y del Iluminismo, que aparecen las ideas de igualdad, las que colocan al hombre en el centro de un proyecto de desarrollo donde la razón, el conocimiento, la técnica, son los medios que permiten alcanzar los ideales humanistas y estructurar el progreso de la historia. La historia avanza con esa finalidad, y eso define el progreso.

Pero la historia misma cuestiona sus supuestos. Las sucesivas revoluciones industriales han terminado por convertir los medios y herramientas del progreso en fines que se justifican por sí mismos. La técnica parece ahora dominar al hombre, ha dejado de estar a su servicio, y la economía productiva ha degenerado en esquemas acumulativos de conocimiento y poder, y en la economía del consumo.

### **BRECHA DIGITAL**

En los albores del siglo XXI quizá estemos en una encrucijada. ¿Son las nuevas tecnologías, con la Internet como estándar, los medios que harán posible la democratización del conocimiento y la realización de un proyecto de desarrollo humanista y global, el advenimiento de un nuevo paradigma, el de la Sociedad del Conocimiento?

Algunos indicadores podrían apoyar esta idea... o rebatirla. El número de usuarios de Internet ha aumentado notoriamente: en 1995 eran un 3% y en 2003 alcanzaron un 11% de la población mundial, más de seiscientos millones de personas. Pero lo cierto es que 90% de esta elite se ubica en países desarrollados (30% en Norteamérica, 30% en Europa y 30% en Asia y el Pacífico), mientras que apenas un 10% se distribuye en las regiones más pobres del planeta. Lo cierto es que en la isla de Manhattan hay más teléfonos que en todo el continente africano, y que la mayoría de los usuarios de Internet per-

“

**El acceso a la información es necesario, pero no suficiente, si no se cuenta con las capacidades para identificar, producir, transformar, transmitir y utilizar esta información, convertirla en conocimiento, en función de aplicarlo para el desarrollo social y humano**

”

tenecen al 20% de la población que monopoliza el 80% de los recursos mundiales. La llamada “brecha digital” pone en cuestionamiento la posibilidad del impacto de las nuevas tecnologías para conducir al postulado cambio de paradigma.

La brecha digital es, en primer lugar, un problema de acceso, que comienza a partir de la infraestructura: actualmente, dos mil millones de personas no tienen acceso al servicio eléctrico, por ejemplo. Sin hablar del costo de las telecomunicaciones y equipos de computación, mucho más elevados en el sur que en el norte del planeta. Por ejemplo, en Bangladesh, el costo anual de conexión a Internet es equivalente al monto que necesitaría una familia para alimentarse todo el año.

Pero el problema sería muy sencillo si el paso a la Sociedad del Conocimiento fuera simplemente un problema de acceso a la información, a Internet: sólo un asunto de infraestructura. La brecha digital esconde un problema mucho más grave y de fondo: si se alcanzara globalmente la igualdad en el acceso a la información, esto, evidentemente, no implicaría la equidad en su dominio y utilización. Las brechas reales tienen que ver con la pobreza, la educación, las capacidades cognitivas de la población. Son brechas de conocimiento, de entrenamiento, de habilidades, de marcos regulatorios, de instituciones,

de capital social. El acceso a la información es necesario, pero no suficiente, si no se cuenta con las capacidades para identificar, producir, transformar, transmitir y utilizar esta información, convertirla en conocimiento, en función de aplicarlo para el desarrollo social y humano.

Por ello, un cambio de paradigma, una verdadera revolución global, no se basa solamente en el desarrollo tecnológico, aun cuando éste pueda ser un detonante y un medio para producirlo.

### **INFORMACIÓN Y CONOCIMIENTO**

La encrucijada actual se centra en definir y diferenciar los términos de información y conocimiento. Alrededor de esta discusión se orientaría el paso hacia una “Sociedad de la Información” o hacia una “Sociedad del Conocimiento”, y las posibilidades de globalizarla.

No es un problema banal. La definición del conocimiento es un problema filosófico, ideológico y cultural. Se trata de dilucidar cómo se establecen las relaciones entre el sujeto y el objeto, entre el hombre y la realidad. Y es una concepción que ha cambiado con la historia: pasa por definir qué es la realidad, qué es la verdad, y si es posible un conocimiento objetivo y cierto. Un único conocimiento que todos podamos aceptar como verdadero e inobjetable.

La relación del sujeto con la realidad se conceptualiza en la filosofía moderna a partir de la Razón como eje que permite unificar el desarrollo de la historia y el progreso de la sociedad. Las preguntas se centran en torno a cómo se da el conocimiento, cuáles sus posibilidades, sus fundamentos, sus límites. Pero no se cuestiona su esencia, su relación con la Verdad. El modelo es el conocimiento científico. La Verdad es única, y el sujeto se apropia de ella utilizando el método científico. El sujeto y el objeto, en el cuadro moderno, son ambos racionales. La realidad sólo es comprendida como realidad racional, y el sujeto, como sujeto de la razón, que modifica y construye la realidad racional.

Pero la evolución de la conciencia moderna no es un proceso unitario. Con la Modernidad se desarrollaron al menos dos modelos de racionalidad.

Una podría llamarse la “racionalidad objetiva”, con fines que corresponden al Humanismo y al objetivo ideal de una sociedad igualitaria, que guía necesariamente el curso de la Historia. Este modelo toma forma en los movimientos historicistas de

la Revolución Francesa, las revoluciones socialistas, y de un primer capitalismo, abocado a la producción y no al consumo.

La otra corriente sería la “racionalidad instrumental”, cuyos orígenes se definen a partir de la Revolución Industrial, con derivaciones que continúan con el capitalismo, la sociedad del consumo y el neoliberalismo. Sus fines se asocian con el individualismo, con objetivos que apuntan a los ideales de estructurar un sujeto social “libre”, alrededor de los valores de la responsabilidad y de la propiedad.

El principio racional que se estructura con la primera corriente es el Humanismo; la razón es la Historia, y el Hombre es la finalidad del progreso social. Se corresponde con las ideas hegelianas del desarrollo del Espíritu hasta alcanzar el Espíritu Absoluto, y luego con los principios marxistas del materialismo histórico. En cambio, la racionalidad instrumental, alrededor del individualismo, da lugar a discusiones filosóficas relacionadas con los límites del poder, la justicia y el derecho, como medios para garantizar que cada individuo pueda ejercer su libertad. Sus ideas se expresan en la filosofía de Hobbes, Locke, Kant... Con el tiempo, esta corriente termina por fundamentar su eje racional en la idea del Mercado. El concepto de la “mano invisible” de Adam Smith culmina por definir una tendencia ideológica donde el mercado se convertirá en el principio racional que organiza la realidad.

Con la caída del muro de Berlín y de los modelos socialistas, la razón instrumental cristaliza, a finales del siglo XX, en los conceptos triunfantes de la economía del mercado y de la Globalización. La otra corriente (para algunos débilmente definida sólo como negación o protesta, sin un modelo alterno estructurado en la práctica social), se refugia ahora en los discursos “antineoliberales” y en los movimientos “antiglobalización”.

Pero estas dos tendencias, en apariencia totalmente antagónicas, tal vez no lo sean tanto. Ambas coexisten como confrontación y se justifican en su mutua negación. Ambas, sin embargo, se basan en la racionalidad, y en ella se validan. Sorpresivamente, no se cuestiona ni el valor ni el significado de la racionalidad en sí misma, término que no necesita aparentemente ninguna justificación, ni tampoco definición. La racionalidad puede ser la del mercado o la de la Historia, pero sigue siendo racional. No se cuestiona ni se abandona la idea de fondo: la realidad es racional, se supone construida por la razón. Poco importa si la razón es Dios,

“

**Sorpresivamente, no se cuestiona ni el valor ni el significado de la racionalidad en sí misma, término que no necesita aparentemente ninguna justificación, ni tampoco definición. La racionalidad puede ser la del mercado o la de la Historia, pero sigue siendo racional**

”

”

el Hombre, la Historia, el Individuo, o el Mercado, la racionalidad garantiza que el conocimiento, como vínculo del sujeto con la realidad, es verdadero. Si no se discute el fundamento de la racionalidad y sus relaciones con la realidad, el conocimiento puede abstraerse como concepto, y pasar a tener un estatus que se ubica más allá de las dos tendencias. Abstracción engañosa, que conduce a concebirlo como algo independiente del principio racional que lo produce.

#### LA RAZÓN Y SU IMPOSICIÓN

La historia muestra que no existe un modelo racional único. Y con ello, el concepto de Razón, que sólo se define con base en su papel de principio unitario que estructura la realidad, también se tambalea. El proyecto racional reivindica a la ciencia como instrumento y modelo de conocimiento. Pero si el proyecto no es único, tampoco es único el conocimiento. Y la Ciencia pierde su rol de sustento ontológico.

Reconocer que la razón sólo encuentra validación en sí misma, conduce a problematizar su concepto, y abre las puertas a otras ideas filosóficas. Más allá de la razón, se postulan los principios del deseo y del poder; el conocimiento, como una relación lógica (necesaria y racional) entre el sujeto

y el objeto, se cuestiona ya desde finales del siglo XIX. Con Nietzsche comienzan a reivindicarse otros principios: el arte, el espíritu dionisiaco, son alternativas para el modelo racional. Con Freud, se fragmenta el sujeto: se descubre el inconsciente y la emergencia de la conciencia y del yo, ya sólo como un delicado equilibrio que define la racionalidad y la separa sutilmente de la locura en su relación con el mundo. Con Heidegger, la razón se convierte en un “envío”, que desde la antigua Grecia inventó la dualidad sujeto-objeto (y también el conocimiento). Con Foucault, el sujeto y el objeto (y con ello el conocimiento) se desdibujan como “efectos” de un “enunciado de poder” en un “diagrama” histórico determinado.

Sin embargo, todas estas corrientes que anuncian el “fin de la Modernidad” como fin de la Razón, en el fondo, tampoco escapan de su esfera. De una u otra manera, aunque la nieguen como principio necesario, son esfuerzos para explicar la realidad y la historia. En ese sentido, son también racionales. Si se necesita una explicación, es porque, en el fondo, se supone que la realidad es racional. Es explicable. Lo que conduce a considerar que lo irracional es la racionalidad en sí, en su pretensión de justificarse como principio necesario y estructurante del mundo. La realidad parece algo que permanece inalcanzable: siempre termina por enfrentarse y oponerse a los principios racionales de turno que intentan explicarla y dominarla. En su fracaso, la Razón queda algo desprestigiada, y con ella, todos los determinismos históricos.

Frente a este problema irresoluble, las corrientes filosóficas más pragmáticas han terminado por ubicar la cuestión del conocimiento en la esfera de la comunicación: la verdad se estructura sobre la base del consenso de sujetos libres, que mediante la comunicación organizan la vida y el funcionamiento de la sociedad. Los fundamentos son la Democracia, la Libertad y la Justicia: no se trata de principios ideales, o de fines históricamente necesarios, sino de un pacto social negociable que los supone y los mantiene. Es evidente que los fundamentos de Democracia, Libertad y Justicia, supuestos como bases que hacen posible el sujeto libre y la comunicación, no son los mismos en todos los pueblos del mundo, con lo que se tambalea la viabilidad del pacto global sobre estos principios.

La confusión sobre sus fundamentos, es lo que tal vez permite, en el siglo XXI, valorar el conocimiento más allá de las

tendencias que ahora se oponen muy difusamente en el contexto global. La lógica del mercado y la lógica humanista coexisten en cuanto se mantienen como proyectos racionales, en el marco de lo que se anuncia ahora como un nuevo paradigma: la Sociedad del Conocimiento. La realidad es la globalización, e insertarse en esta realidad va de la mano con alcanzar el conocimiento como instrumento para lograrlo.

Pero la duda persiste en este principio, engañosamente unitario, cuando se obvia el problema de fondo: el conocimiento necesita una definición, un modelo racional que lo sustente, y que oriente las bases de la lógica con que el sujeto se relaciona con la realidad. El llamado “nuevo paradigma” no se diferencia en nada de los modelos anteriores, si sólo se valora el conocimiento como principio que va de la mano con una racionalidad que no se cuestiona, y que se impone como necesaria.

En ese sentido, todas las sociedades en la historia han sido “Sociedades del Conocimiento”, sustentadas sobre diferentes modelos económicos. En los sucesivos paradigmas, siempre se ha buscado una explicación que estructure la realidad y la justifique con una determinada racionalidad. Eso es el Conocimiento. Una racionalidad que se desarrolla con un determinado modelo económico y las relaciones de poder que lo sustentan. Fundada sobre otra racionalidad que se esconde, y que tal vez no es en lo absoluto racional. Como ocurre, finalmente, con toda racionalidad.

## CONOCIMIENTO Y ÉTICA

El problema de fondo es que no existe una racionalidad única. Y, en consecuencia, tampoco existe una sola realidad, ni un pensamiento único, ni un solo modelo de conocimiento. Una racionalidad única no puede dar cuenta de toda la realidad.

Lo bueno es que el asunto comienza por fin a ser evidente, como lo demuestran algunos documentos y declaraciones recientes, discusiones en cumbres internacionales y acuerdos entre los países, donde se problematiza el concepto de globalización, de economía de mercado y de la lógica del desarrollo dentro de los supuestos nuevos paradigmas.

Un ejemplo es el reporte de la UNESCO publicado en 2005, “Towards knowledge societies”, que advierte sobre los peligros de confundir la sociedad de la información con la sociedad del conocimiento. En el fondo, aunque no se aborde

“

**Es evidente que no se construye un nuevo paradigma, si la información es también una mercancía. Si se manipula y orienta para estructurar un modelo único de conocimiento y se utiliza el conocimiento como objeto del mercado, en función de ciertos intereses que terminan por acapararlo**

”

claramente, se trata de dilucidar si el concepto de la Sociedad del Conocimiento es realmente un nuevo paradigma, (algo que busca superar la lógica del mercado y cuestionar qué es el conocimiento), o no. Si es más de lo mismo. Si se trata como siempre de instaurar el conocimiento dentro de la lógica económica vigente, como principio para validarla. Un asunto de poder, de imponer una lógica como esquema único y necesario.

Es evidente que no se construye un nuevo paradigma, si la información es también una mercancía. Si se manipula y orienta para estructurar un modelo único de conocimiento y se utiliza el conocimiento como objeto del mercado, en función de ciertos intereses que terminan por acapararlo.

Son alarmantes, en este sentido, las propuestas de los organismos internacionales y las políticas de los países en desarrollo que buscan “cerrar las brechas”, en mesas de negociación y acuerdos donde no se aborda el problema de fondo, y sólo se busca la “inserción” dentro de paradigmas que no se cuestionan.

El PNUD, por ejemplo, ha adelantado propuestas, en relación al problema de la “fuga de cerebros” de los países subdesarrollados, para que los países ricos otorguen fondos que compensen los gastos de

formación de estos cerebros en sus países de origen... Si se acepta asignar un precio al conocimiento, también se acepta intercambiarlo como mercancía. Se acepta que el conocimiento tiene un valor medible y transable dentro de una racionalidad que se pretende unitaria, que niega la diversidad del sujeto y sus relaciones (ellas sí únicas para cada sujeto) con el lenguaje.

El financiamiento de los programas de desarrollo de los países pobres, en muchos casos, se realiza con fondos provenientes de impuestos fiscales que pechan los intercambios comerciales, las transacciones financieras, el intercambio de divisas, etc. Son los fondos disponibles para invertir el gasto público en programas de educación, salud, ciencia y tecnología, vivienda, etc. La paradoja es evidente: la lógica del desarrollo depende del éxito de la lógica del mercado.

Mientras no se ubique la discusión del conocimiento y del desarrollo en su problematización en relación a una determinada racionalidad, no escaparemos de los viejos paradigmas de la dominación. Dentro del pragmatismo, lo que realmente se debe negociar, es el fundamento que orienta las negociaciones, aceptando que en ellas se enfrentan distintas racionalidades, diversas realidades y maneras de comprender el mundo.

Para alcanzar un nuevo paradigma, la discusión no se ubica en el terreno del conocimiento y de la epistemología, sino en el plano de la ética. Los acuerdos para fundamentar una ética global son necesarios para estructurar una visión de convivencia dentro de la diversidad, y de respeto en torno a las distintas miradas sobre la realidad y las maneras de comprenderla. Esto haría posible la definición de un nuevo modelo de conocimiento. Sin esta necesaria validación, la Sociedad del Conocimiento no es sino un espejismo.

## ■ Mariana y Carlos Genatios Profesores de la UCV

### Notas

- 1 Drucker, P., *The Age of Discontinuity: Guidelines in Our Changing Society*, Harper and Row, New York, 1969 Drucker, P., “The Rise of the Knowledge Society”, *Wilson Quarterly*, Vol. 17, Issue 2, Spring 1993